



EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.

I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la más bella ciudad del Nuevo Mundo, la capital del Imperio de Anáhuac, contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un ronco gemido de venganza; eran los terribles acentos del poder colonial acusado por todas partes: era la grito de la desesperación del absolutismo que presentía su próximo fin; pero que quería exhalar su postrimer aliento ahogando en su propia sangre á la "virgen del mundo." Aquellos Regimientos expedicionarios de Cuatro Ordenes, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio de la Independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Veíanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Liñán, Llano, Bucelli, Concha y Armijo, enemigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacían para conservar la "integridad" de las Españas; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto: al ver desfilár silenciosos á esos "regimientos en que cada soldado" era un opresor: al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarios: al aspecto de su

marcha insultante; más aún al brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al eco de sus dorados tambores, que sostenía ó aumentaba la resignación que les sugería su amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus jefes, á su patria, y á su Rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la más dolorosa consternación.

II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez más el sitio. La Piedad, la Ladriera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzacapotzalco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una área de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvalación se oían las dianas al romper la aurora y los demás toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la Catedral, y á su aspecto renacía en cada soldado mexicano una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellón tricolor.

Con tan noble ambición, el campo era una escuela práctica de virtudes-guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo más esforzada y llena de penalidades, no se sentían, y antes excitaban en cada combatiente el más bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas había concurrido de todas partes á presenciar tanta decisión y á participar del júbilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partían mil órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administración para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los más contradictorios, "fundiéndolos" entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDEN-

CIA. Acaso ningún hombre público jamás se ha visto en una posición que fuese más complicada, más extensa, ni que necesitase de un tacto más delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumir grandes planes sin ningún síntoma de murmuración, llevando todas sus concepciones al sello nacional de la aprobación pública. A la satisfacción de ser en todo aplaudido, reunía la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de jefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

III.

Un día, (el 23) á causa de un despacho del cuartel general, el jefe de una división se hallaba á presencia del primer jefe del ejército en una pieza del Palacio Arzobispal de Tacubaya, que acababa de ser desocupada por otras personas, según el desorden en que habían quedado diversos asientos al derredor de una mesa. Iturbide estaba en pie, dando la espalda á ésta y teniendo en las manos un papel que acababa de escribir; se notaba en su semblante la agitación que produce la larga discusión de los áridos negocios y las disposiciones dictadas sin intermisión: luego se dirigió al jefe que acababa de llegar y le dijo:

—Y bien, amigo Filisola, ¿cómo se halla la 13a. división?

—En el más brillante estado, señor.

—¿Y los jefes y oficiales?

—Animados del mejor espíritu.

—¿Y la tropa?

—Llena de entusiasmo y disciplina.

—Bueno, amigo: no podía esperarse otra cosa de los vencedores de la Huerta. En prueba de mi distinción á la 13a., os confío el honor de que ocupéis mañana, á su cabeza, la capital del reino: recomiendo á vuestra prudencia esa ciudad y á sus habitantes: que no se escuche ni una voz ofen-

siva: que se respeten las opiniones y las propiedades; y que los soldados del ejército no desmientan con su conducta, ni su heroísmo, ni los principios que han proclamado.

—Señor: la 13a. división y su jefe, sabrán corresponder á la confianza de la patria y de V. E.: sus órdenes serán cumplidas leal y honrosamente.

Se despidieron ambos jefes, satisfechos uno del otro, y Filisola pasó á ejecutar las disposiciones que se le habían encomendado.

IV.

En la tarde del día 24, casi á la misma hora de la procesión de la Merced, se advirtió una universal conmoción por el rumbo de este templo. Se oyeron en seguida las fuertes exclamaciones de: "los independientes."

A poco se presentó la florida división del héroe de la Huerta, de tan recientes recuerdos. Todos los cuerpos que allí se habían batido, venían marchando en medio de la armonía de sus músicas, y de los vivas á la Independencia. Entre la artillería de la división venían dos piezas conquistadas en aquella reñida acción.

Grande era el placer que animaba á cada uno de los habitantes de México; pero podría decirse que no era completo. Faltaba ver á Iturbide y á todo el ejército para que se acabasen de borrar las impresiones que habían hecho los frecuentes juramentos del obcecado expedicionario al partir fuera de la capital.

Un día después, se oyó un toque en todo el campo independiente, que indicaba una orden para el ejército. Era la Orden general del Estado Mayor, que se pasó á las divisiones: hé aquí tal cual se dictó:

"Estado Mayor del ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821 (*).—

(*). Este documento lo debo á la amistad del modesto Coronel Don Manuel Reyes Veramendi, uno de los amigos más sinceros de la víctima ilustre de Padilla.

El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la división del centro al mando del segundo, el señor Coronel Don Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrilla; á ésta, las piezas de artillería con su parque; luego toda la columna de infantería, dividida por mitades ó frentes iguales; seguirá la caballería con su frente proporcionado al que deban ocupar en las calles: este ejército formará su cabeza apoyándola por el camino que llaman de la Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec, y deberá estar en formación y en punto de las siete de la mañana.

"A esta división seguirá la de retaguardia en los mismos términos y orden de formación, apoyando su derecha á la izquierda de la que le precede, tomando parte del camino de los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

"Seguirá, á la izquierda de esta división, la de vanguardia, ocupando el terreno que necesite hasta Tacuba, en el de Atzacotalco, para no retardar el movimiento general en todo el ejército. El señor jefe de la vanguardia procurará dar sus órdenes y emprender su marcha con la anticipación que sea necesaria.

"Las tropas de este cuartel general emprenderán su marcha á las cinco de la mañana, con el objeto de ir á ocupar sus puestos en las respectivas divisiones á que pertenecen en la línea que á cada una le está señalada.

"La tropa del mando del señor Coronel Filisola saldrá de México antes del amanecer, dejando en dicha capital sólo la fuerza muy precisa con los rancheros, y pasará á ocupar el puesto que la compete en la división á que pertenece.

"Las cargas de los batallones y escuadrones, con los equipajes de los señores oficiales, quedarán al cargo de un oficial con una pequeña escolta á retaguardia del todo del ejército, y no entrarán por pretexto alguno, ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise, que siempre será una hora después

de haber entrado el ejército; para lo cual se detendrán sin distinción, todas, en la garita de Belén, única por donde se permite la entrada.

"Desde que empiecen á marchar las columnas, irán todos los señores oficiales de infantería pie á tierra, y sólo podrán ir á caballo los señores jefes y ayudantes, para lo cual dispondrán que los caballos de los que deben ir á pie se queden con las cargas.

"Los ayudantes del Estado Mayor, destinados en las divisiones, irán al lado de los señores jefes que las manden, como igualmente los ayudantes de orden de dichos jefes, y todos éstos irán á caballo.

"El Estado Mayor general irá al lado del señor primer jefe, para cuando se le ofrezca mandar.

"El señor primer jefe encarga muy particularmente á los señores jefes de los ejércitos, y á los de los respectivos cuerpos que lo componen, procuren que la tropa se presente con el mayor aseo que sea posible, atendidas las circunstancias de falta de vestuario; con el armamento y correnge en el mejor estado de aseo; y por último, encargará el mayor silencio y moderación, tanto en la marcha el día de la entrada, como también en los subsecuentes de la permanencia en la capital, haciendo que todos los individuos que componen el ejército triguarante, guarden la mejor armonía con los habitantes, dando con eso más pruebas de su disciplina, subordinación y buen comportamiento.

"Los cuarteles serán señalados por el jefe del Estado Mayor, para lo cual acudirán los ayudantes de éste, destinados á los ejércitos, por las respectivas boletas de alojamiento.

"Para no molestar á las otras tropas dis-tantes, se mantendrán en sus puestos, excepto las señaladas en esta Orden, las que deberán marchar como está indicado.— Cuartel general en Tacubaya, Septiembre 25 de 1821.—MELCHOR ALVAREZ, jefe del Estado Mayor."

Aun antes de romper el día 27 ya se escuchaban los toques de marcha en todo el

campo para ocupar sus respectivos puestos las divisiones. Pasemos la vista por las secciones que las formaban: véamos, pues, esos Cuerpos que pertenecían á ese ejército tan eminentemente nacional, y detengámonos un momento en contemplarlos. Todavía habrá valientes que al recorrer este glorioso registro digan con orgullo: "yo era de ese regimiento; yo pertencí á ese ejército." Ved, pues, el ejército, según un documento inédito y conservado por un ayudante del señor Iturbide. (*)

INFANTERIA.

1a. Sección.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Regimiento de la Corona.	353	
Idem de Celaya.	490	
Granaderos imperiales, columna.	258	1,101

2a.

Tres Villas.	368	
Guadalajara.	134	
Santo Domingo.	162	664

3a.

Cazadores de San Luis.	47	
Regimiento de Fernando VII.	382	
Ligero del Imperio.	153	582

4a.

Ligero de Querétaro.	318	
Segundo de la Libertad.	195	513

5a.

Batallón de San Fernando.	239	
Ligero de Morelos.	129	
Segundo de la Unión.	176	
Primero de la Libertad.	485	1,029

(*) El señor Coronel Don José María Aréchaga.

114

6a.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Fijo de Puebla.	265	
Cazadores de la Patria.	62	
Comercio de Puebla.	157	
Tlaxcala.	54	538

7a.

Batallón de la Lealtad, Tulancingo y Huachinango.	205	
Guanajuato.	91	
Zacualtipam.	94	390

8a.

Comercio de México.	339	
Batallón primero Americano.	359	698

9a.

Regimiento Fijo de México.		515
------------------------------------	--	-----

10a.

Constancia.	100	
Valladolid.	95	
Batallón Mixto.	200	395

11a.

Primero de la Unión.	220	
Segundo de México.	270	490

12a.

Infantería del padre Izquierdo.		500
---	--	-----

ARTILLERIA.

68 piezas de todos calibres, con 763 artilleros.		763
---	--	-----

115

CABALLERIA.

1a.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Escolta del señor Iturbide, al mando del señor Coronel Don Epitacio Sánchez.		300

2a.

Dragones de México.	305	
Caballería del señor Chávarri.	186	
Dragones de Santander.	190	681

3a.

Fieles del Potosí.	300	
Dragones del Rey.	159	
Sierra-gorda.	155	614

4a.

San Carlos.	310	
Provinciales de México.	80	390

5a.

Dragones de Valladolid.	448	
Moncada.	240	688

6a.

Regimiento de Toluca.	250	
Caballería del padre Izquierdo.	300	550

7a.

Regimiento de Querétaro.	283	
Idem del Príncipe.	241	524

8a.

Dragones de Puebla.	119	
Idem de Tulancingo.	324	
Apam.	132	575

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Dragones de la Libertad.		400
10a.		
Dragones de Atlixco.	83	
De la Unión.	389	
Voluntarios del Valle.	130	
Voluntarios nacionales.	247	849
11a.		
Dragones de América.	150	
Idem de Guanajuato.	263	
Idem de la Sierra de id.	37	450
12a.		
Dragones de San Miguel.	126	
Chilpancingo.	124	
Del Sur.	92	342
13a.		
Dragones de los Campeones.	166	
Santa Rita.	130	
Compañías del Sur.	60	
Escolta del General Guerrero.	146	502
14a.		
Flanqueadores.	87	
Compañías de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec.	189	276
15a.		
Dragones de Atzacapotzalco.	200	
Idem de Xilotepec.	114	314
16a.		
Dragones de San Luis.		500
Total.		16,134

Antes de emprender la marcha el ejército, Iturbide estaba pensativo, como si dudase de lo que su temeridad había emprendido, y su prudencia realizaba, obligando á escribir á la historia en sus anales, una página que comprendía una campaña de siete meses, tan fecunda de heroicidad, y tan grande como el valor con que la abrió.... Fijados sus ojos en la hermosa ciudad á donde se dirigía, decía á su Estado Mayor: "Compañeros: allí el orgullo nacional quedará satisfecho: aquellos muros encierran todo nuestro porvenir: allí una gloria inmortal nos aguarda: ella nos pasará á la posteridad para vivir en sus recuerdos. Marchemos á merecerlo."

Aplausos repetidos acogieron esta mágicas palabras.

Desde muy temprano se agitaba y conmovía toda la población de México, y la de los pueblos inmediatos que se dirigían hacia la garita de Belén, por donde el ejército debería hacer su entrada: lo más selecto de la población estaba en las casas y balcones de las calles de la Alameda, San Francisco y Plateros, y el pueblo iba y venía, animado por los sentimientos más nobles.

Un arco de triunfo estaba preparado por donde deberían pasar el ejército y su jefe. A las diez de la mañana creció más la conmoción universal: todo el mundo estaba en expectativa. Reinaba ya una indefinible alegría; pero llena de agitación: la impaciencia en unos, la exaltación en otros, producía aquella confusión que nace en escenas meramente nuevas.

El murmullo de la multitud anuncia que se acerca el ejército: avanza en medio de las aclamaciones universales: el júbilo se pinta en todos los concurrentes, y se oyen los vivas prolongados y repetidos á la Independencia, al ejército y á su jefe; vivas cuyos ecos se pierden entre el sonido belicoso de las músicas de los regimientos que llegan, entre el estruendo de la artillería y entre el estrépito de mil campanas. Cinco batidores abrían la marcha: en se-

guida aparece un grupo de oficiales superiores. Desde luego se percibe sobre un fogoso caballo prieto, adornado de una soberbia montura, al primer jefe: su apostura galana, su espaciosa frente, en la que apenas caían unos rubios cabellos; sus miradas tiernas y penetrantes, lanzadas con unos ojos centellantes y expresivos, poseyendo el secreto de cautivar á la primera vista; su sonrisa á veces apacible, á veces dulce y melancólica, indicaba que era el genio de Iguala: bota fuerte, frac verde, sombrero montado con tres plumas y cucarda tricolor: una banda con los colores que flameaban en las banderas de sus legiones, atravesada del hombro á la cintura, de la que pendía una lujosa espada, (*) eran el traje y atavío militar con que se presentó á la cabeza del ejército. A la vista de este hombre de tanto prestigio, todo fué un torrente de emociones: los más dulces sentimientos excitados por él, inundaban todos los corazones. Los hechos recientes en que los prodigios se multiplicaron á su voz, hicieron olvidar y borrar de la memoria una época pasada y luctuosa.... Mas ahora está rodeado de amor y decisión, de lealtad y entusiasmo, y un solo pensamiento ocupa las imaginaciones de todos los que lo siguen y lo ven. Sus ayudantes y el Estado Mayor, cuyo digno jefe era el Brigadier Don Melchor Alvarez, vienen después; y luego aparece con toda su gallardía el bravo Epitacio Sánchez, uno de los vencedores en Arroyo-Hondo, mandando la escolta del primer jefe, en la que no se alista nadie sino después de haber hecho prodigios de valor.

Tiene el honor de marchar como primer Cuerpo del ejército la columna de granaderos, viniendo á su frente el Coronel Don Joaquín de Herrera, cuya memoria está unida á la sangrienta victoria de Tepeaca, ganada sobre el terrible Coronel Hevíá. Sí-

(*) Una persona apreciable, por sus virtudes y patriotismo, le hizo el obsequio de la banda, espada, sombrero y cucarda, que estaba formada de esmeraldas, rubíes y brillantes.

guele el denodado Coronel Don Anastasio Bustamante con su división, trayendo un laurel y una gasa fúnebre: el primero por la victoria de Atzacapotzalco, y el segundo por la muerte de Encarnación Ortiz, "modelo de valor y patriotismo," á quien estas palabras se tributaron por su jefe con los honores de héroe, y el que pasase revista de presente. Desfilaba en seguida la división del indomable y resuelto General Guerrero, de la que algunos soldados habían vivaqueado con Morelos o con Galeana, con Matamoros ó Pedro Asensio, viniendo á ser más esforzados bajo las órdenes de su nuevo General, con el que habían asombrado al Sur por más de una vez. Es, pues, ésta, la división con que Iturbide afirmó su empresa, proclamando á los oídos del Virrey la Independencia mexicana. Sucedian las divisiones del decidido Coronel Don Luis Cortazar, la del modesto y no menos valiente Don Miguel Barragán, la del impasible y magnánimo Coronel Don Nicolás Bravo, también vencedor en Tepeaca y Puebla, siendo el Comandante de su artillería el antiguo General insurgente, Don Manuel de Mier y Terán; la del fiel y desinteresado Coronel Don Rafael Ramiro, apoyo constante de las esperanzas nacionales, en una época incierta y en que se juzgaba que todo se había aventurado; las de los Coronel Don Joaquín Parres y Don Pedro Zaragoza, con los Regimientos de Fieles del Potosí y dragones de San Luis, honor de la caballería mexicana; la bien conceptuada del honrado Coronel Filisola; y por último, entraba en formación la del Coronel Chávarri, vencedora de Bracho y San Julián, luciendo en todas á competencia el aire marcial y la táctica militar, trayendo á la memoria un hecho en que cada Regimiento había sobrepujado las esperanzas de sus jefes.

Pues bien, todos estos hombres estaban dispuestos á derramar la última gota de su sangre, cuando el jefe que los reunía é inspiraba lo hubiese querido, porque aquella época era la de los sacrificios, y porque el pundonor de ese tiempo se complacía en solicitarlos ó admitirlos.

No había facciones que luchasen entre sí para ofuscar y degradar un triunfo tan espléndidamente adquirido. Con este espíritu absolutamente patriótico, se abrieron á Iturbide y á su ejército las puertas de México, presentando el espectáculo menos brillante si se quiere; pero más nacional y sublime que la entrada de Bonaparte á Milán, Roma, Alejandría y el Cairo; y de Napoleón á Berlín, Dresde, Viena, Madrid y Moscow, porque no había una sola opinión que contrariase, ni una lágrima derramada de luto que lo entristeciese.

VI.

En frente del convento de San Francisco se detiene el ejército: es porque Iturbide está pie á tierra para recibir al Ayuntamiento, que viene á su encuentro.

—“Señor, le dice el primer Alcalde, el Ayuntamiento de la capital del Imperio mexicano, por mi conducto, tributa los homenajes de admiración y gratitud al magnánimo caudillo que en el pueblo de Iguala proclamó segunda vez la Independencia de la patria, y que al fin de siete meses ha consumado con tanta gloria. El desgraciado pueblo que por trescientos años gimió en el dolor y en el infortunio, hoy se exalta de júbilo y amor hacia su libertador. El Ayuntamiento á su nombre os presenta esta llave (*) de la ciudad, que ninguno mejor que vos deberá depositar.”

—“Decid al pueblo, señor, respondió Iturbide, que nada he hecho que no fuera un deber mío, pues que su felicidad, objeto constante de mis acciones, ha sido una obligación procurársela: que le estoy reconocido por su distinción, lo mismo que á la ilustre Corporación que presidís, y en la que debe quedar dignamente esa llave que me presentáis.”

Como le impidiese una pierna, que tenía enferma, continuar á pie, montó á caballo

(*) Era una hermosa llave de oro, puesta en una fuente de plata que tenían cuatro maceros; y el Alcalde lo era el señor General Don Ignacio Ormaechea.

y siguió hasta el Palacio: en la travesía se repitieron con mayor esfuerzo los vivas y aplausos del inmenso pueblo que lo seguía, y de todos los habitantes, cuyas simpatías eran tan pronunciadas á su favor: en la plaza se explicaron más ardentemente esas simpatías, y se advirtió luego que los acentos que se elevaban hasta los cielos, eran de hombres libres. Por la primera vez en esa plaza, al frente de ese Palacio colonial y contemporáneo de infaustos acontecimientos, á la vista de esa majestuosa Catedral y cuando reinaba un sol puro y sin que una nube debilitase sus rayos, se oían las voces sagradas de “libertad,” por tanto tiempo comprimidas. Los muros y edificios parecía que participaban de esta alegría, tierna, vehemente, palpitante.

El Palacio retumbó cuando Iturbide pisó sus umbrales: aquellos corredores y salones en que se había promovido su destrucción y votado su muerte, mustios y silenciosos poco há, ahora á su vista, con su voz sonora y eléctrica parecían animarse. El generoso O'Donojú (cuya memoria la más estólida ingratitud ha condenado al olvido) lo esperaba para recibirle. Después en el balcón principal ambos vieron desfilar el ejército trigarante. A su aspecto, ¡qué de recuerdos! ¡qué de sensaciones no experimentaba Iturbide! ¡Cuántas esperanzas satisfechas! ¡Cuántas combinaciones realizadas! A ocho millones de hombres y á sus generaciones borrarles de la frente la ignominia, inscribirles la dignidad y la gloria...

VII.

La gigantesca empresa de Iguala, acometida por la más sublime inspiración, combinada con la más profunda prudencia, y sostenida por la más ardiente impetuosidad, ESTA CONSUMADA. Su autor ha ganado en la historia, los envidiables títulos de sagaz diplomático y profundo político, de soldado arrojado y de heroico General. Ha llegado al apogeo de una gloria que la humanidad ha aplaudido: la fama lo dió á conocer al mundo.

Resonarán, por siempre, en la posteridad,

las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dictó en aquel memorable día.—Oíd. (*)

“¡Mexicanos! decía, ya estáis en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala: ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me véis en la capital del Imperio más opulento, sin dejar atrás arroyos de sangre; ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este Reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas expresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados; siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.”

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el más hermoso pabellón que se ha enarbolado en los aires, y es emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana: La religión, la independencia, y la unión.

¿Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido y tan virtuoso?....

¿Qué ha sido del jefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta majestad....

DOMINGO REVILLA.

Septiembre de 1843.

(*) Cuadro histórico del señor Bustamante.



EL GIRO.

I.

A trescientos cuarenta y dos kilómetros de la capital de la Repúb^{ca}, por la vía del Ferrocarril Nacional, se encuentra la Estación de Santa Cruz, edificada sobre terrenos de la Congregación de Cuendá, distante siete kilómetros al Sur de la villa de aquei mismo nombre, Cabecera de uno de los Distritos del Centro del Estado de Guanajuato.

Es Santa Cruz, una población de ocho mil habitantes, situada á los 20o, 37', 30" de latitud Norte, y 1o, 50' 56" de longitud W del meridiano de México, con una elevación de mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado, por encontrarse al abrigo de los vientos septentrionales, gracias á la sierra de las Codornices, que toma en ese punto las denominaciones de Sauz, Sombreretillo, Cimatarío y Corrales. Fué en un principio congregación de otomíes, y se elevó al rango de pueblo, como Vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el Marqués de Valero. (*)

(*) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor Don Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.